

—He venido a despedirle y creo que es la última vez que le veo.

La ironía de Tagore que crepita en la sala, me punza a mi también, y le contesto . . .

—Pero Uds. cuentan con todas las reencarnaciones que quieren para encontrarse . . .

Los demás visitantes son los que Tagore se soporta en todas partes: señoras mecenescas que adonde llega toman esta preciosa nuez maltratada, bajo su guarda; orientalistas de diferentes edades y encontrados climas místicos; ociosos internacionales que lo leen como prueban los tés de la China; agentes de publicidad que le agradecen la túnica y la bata, con lo cual se compone una estampa espléndida de primera página de magazine.

¿Qué anda haciendo Tagore, de Calcuta a Plymouth, de allí a Nueva York, y de aquí a Argentina? ¿Qué anda traqueteando con sus setenta años que le piden más que los treinta la estera hindú, con estos huesos que le muelen los trenes, con toda esta nacionalidad inalienable de su cuerpo asiático, que padece el comer y el beber en mesas más o menos bárbaras?

—Anda y andará, me explica Miss Migel, buscando redondear el millón de dólares que le pide la dotación perpetua de Sankenitán. Cuatrocientos mil van recogidos y tendrá que viajar diez años aún, si Dios se los da, para rematar el legado.

Los y las Mecenas lo banquetean como en esta semana en mesa de quinientos cubiertos, sin hacerle con ello más regalo que la fatiga; al despedirlo en los malecones de todas partes, le encargan que vuelva sabiendo muy bien lo que significa que esta cáscara de carne sufra de nuevo cabina de barco; y cuando llega allá, a la casa con árboles y tapices de paja de Sankenitán, supongo que los pedagogos subalternos, pasadas unas semanas, le llevan los libros de la fundación y le empujan con la cifra manca a que rueda el mundo por la décima vez.

Tagore se ha puesto a dibujar y a pintar. Tal vez como buen oriental, él habrá dibujado siempre; pero el hecho es que ahora dibuja para vender cuanto hace . . . porque los veinte libros de poemas no dan lo suficiente.

El snobismo de los señores, y especialmente de las señoras, paga con más gusto los juegos de Tagore en el cartón, puro capricho y casi antojo, que sus libros definitivos. La primera exposición la hizo en París y se encargó de la propaganda la Condesa de Noailles. El resultado fué excelente y Tagore ha venido a repetir la hazaña, ahora con mala suerte, en Estados Unidos.

Vuelvo a sentir con Tagore la misma pena que con Kahlil Gibrán. Ambos pintando engendros y larvas dudosas que les frecuentan cuando tienen el lápiz en la mano y que echan atrás los fantasmas divinos que les acuden gustosamente cuando toman el cuaderno de escribir.

El escultor se va dándonos con ello la señal de partida. Varias fieles se despiden de Tagore arrodillándose para besarle la mano. Él me da una bendición que uno de sus guardianes me explicará al salir como no sé qué saludo jerárquico, pero que yo guardo como la bendición de nuestros vie-

jos en el campo. Le devuelvo la despedida espontáneamente, con algo que no alcanzo a pensar . . . Me sobra la reverencia, pero mis rodillas son duras para arrodillarme, y le acaricio la cabeza, sintiéndole en la palma las canas lindas y ralas que ya le celebré.

Gabriela Mistral

Persiflage

El sistema de Plotino

— Colaboración directa —

Para don Gonzalo Chacón Trejos, a quien preocupan los más nobles asuntos del espíritu, con la advertencia de que no hay que descuidar los corporales.

Cuando llegó Plotino para sacarme a conocer más íntimamente que la noche anterior la gran ciudad, ya teníamos horas, el clavel moreno y yo, de estar levantados. La Sarah israelita a cuya casa nos hemos venido a hospedar nos hizo despertar temprano. En persona nos trajo oscuro brebaje árabe endulzado con miel, humeante de caliente, al lecho delicioso. Y mientras rompíamos el ayuno, habló largo la viejecita hebrea.

¡Pobre Sarah! Para ella Alejandría es ciudad judía, y sólo judía. Aquí aún tiene hermosa casa. Para las vigas su marido, opulento mercader, trajo del Líbano oloroso cedro. Doncellas egipcias, de manos hábiles con la rueca, con el huso, con la aguja, le hicieron las sábanas de lino, de eterna frescura y de blancor aseado. La vajilla de Sarah es persa, de hierro pulido con incrustaciones de oro y esmaltes de colores arreglados en formas de pájaros extraños y de flores imposibles. Sarah fue esposa de hombre de valía. Pero al romano Caracalla, cuando en el 215 estuvo en Alejandría, le enfureció un decir, acerca de su libidinosidad bestial, que corría por la ciudad, y, peor que el Herodes aborrecido por los cristianos, ordenó el degüello de los varones todos que había en Alejandría. Así perdió Sarah a su marido y a sus dos hijos. Perdió también el negocio del esposo. Romanos se apoderaron de las naves del mercader, y de sus almacenes. Le quedó a la viuda sólo la casa en que vivía, donde se dedicó a recibir huéspedes forasteros.

Con el café fragante la viejecita contadora de historias tristes nos trajo tortas de una harina de maíz traído de Britannia. “¿Y por qué se trae a Egipto grano de tan lejos”, pregunté, “cuando aquí podéis producir todo el grano del mundo?” “Resulta más barato. No sé por qué”, replicó la viejecilla. Hubiera yo querido proseguir con ella esta conversación, que comenzaba a interesarme, cuando llegó mi guía.

La Sarah dijo que si el discípulo de Ammonio, amigo de ella, quería, le sería grato hacerle copa fresca de café y dorarle al fuego una torta de maíz. Plotino explicó que en la mañana no comía nada nunca. En Licópolis había sido tragón, a consecuencia de lo cual le aquejaba una especie de reumatismo que se le intensificaba si comía.

“Entonces, querido amigo,” le dije, “me acompañarás al baño”.

“¿Bañarte? Para qué?” me preguntó Plotino.

El clavel moreno iba en ese instante, abrazada de la Sarah, al baño del gineceo. Yo la señalé con ojo risueño y con una mueca de sabrosura en los labios. “Para quitarme el olor de ella, que en su olor tengo empapado todo el cuerpo”, respondí.

“Yo”, dijo Plotino, tengo ya tiempo de no bañarme. “La carne, forastero, es despreciable”.

Pero me acompañó al baño, y mientras una esclavita siria, de brazos demasiado débiles para frotarme con fuerza, me untaba y desuntaba, jadeante ella, Plotino me fue explicando una filosofía peregrina cuyo único defecto estriba en que precisa tener mucha fe para creer en sus premisas.

Según Plotino, el alma humana es de elevado origen, del que se ha apartado y al que conviene que regrese. “¿No has a veces sentido”, —me preguntó,— “que tu alma anhela alcanzar algo más allá de las cosas sensibles; más allá hasta de las ideas?” Yo le confesé que sí, porque al oírle me pareció que algo semejante a lo que decía había alguna vez sentido yo. “Siendo ello cierto, y ten la seguridad de que así es”, —me dijo,— “sigue de ello que lo más elevado,—a lo que el alma aspira,—necesariamente ha de ser algo superracional”. Y continuó, con su pronunciación griega a veces incorrecta, pero con palabra siempre fluida, siempre clara, a veces bellísima, a delinear su interesantísimo sistema.

El sistema de Plotino cae bajo tres encabezados: Primero considera el Ser Primievo; luego, el mundo ideal y el alma; y, finalmente, el mundo mutable, el del dolor, el de los cambios, el de la muerte. O bien podemos dividir el sistema en dos partes: La primera, que abarca lo concerniente al mundo invisible y a la que corresponden tres subdivisiones, a saber el Ser Primievo, el mundo ideal, y el alma; y la segunda, que concierne al mundo fenomenal.

El Ser Primievo de Plotino es, en oposición a lo múltiple, Uno; en oposición a lo finito, Infinito. Él es origen de toda vida, y, por consiguiente, causalidad absoluta y la única existencia real. Además, es el Bien, por cuanto no hay cosa finita que no